

LIBROS

La prima Montse y su oscura historia

Digamos en seguida que lamentamos los descuidos de edición que revela «La oscura historia de la prima Montse» (Seix-Barral), última novela de Juan Marsé. El libro ha aparecido plagado de erratas, entre ellas algunas graves, como son las variadas faltas de ortografía que hemos podido registrar. Nos lamentamos, sobre todo, porque lo sufre una obra importante, una de las mejores novelas del año.

Juan Marsé, al que hemos conocido como certero analista de los marginados de la pequeña burguesía, de los inadaptados por razón de las condiciones en que hubo de desenvolverse su clase en los años cuarenta y cincuenta («Encerrados con un solo juguete» y «Esta cara de la Luna»), y que luego insistiría en el mismo planteamiento sobre una realidad evolucionada, si bien con enfoque más amplio, abarcando también a los marginados de la gran burguesía desplazados hacia una postura de oposición («Últimas tardes con Teresa»), ha vuelto ahora su instrumental de novelista, cada vez más afinado, sobre una zona social antes sólo periféricamente considerada: la nueva burguesía adscrita a la ideología postconciliar y dialogante.

Reitera Marsé en su nuevo relato la formulación de las contradicciones del contexto social catalán a través de la relación entre un «lumpen» —en este caso un joven ex presidiario— y una muchacha de la alta burguesía —personaje que da el título a la novela—, que en un rapto de pasión, de vitalidad y de rebelión contra su situación de clase, desborda los estrechos límites diocesanos que se desenvuelve su existencia, provocando en este proceso el escándalo consiguiente y la

puesta en juego de los mecanismos de defensa de sus parientes, que terminan respondiendo a las exigencias de su auténtico «status», más firmes y sinceras que las planteadas por un neocatolicismo de ocasión.

Sobresalen en la novela de Marsé los aciertos en punto a la sátira de determinadas actitudes del postconciliarismo y a la retórica de los personajes que lo asumen, la cual enmascara intereses sociales y económicos muy concretos, que son, en última instancia, los condicionantes de la conducta cuando asoma en el pequeño horizonte de su vida la posibilidad de una quiebra del orden real que la rige. Pero los gérmenes que corroen al grupo social retratado por el novelista actúan interiormente de un modo implacable, en el sentido de una descomposición progresiva que la conclusión de la historia acaba por poner a la luz. No hay moral de recambio, parece defender Marsé, capaz de reorganizar bajo su norma el caos de las relaciones que definen el cuadro de una clase en agonía.

«La oscura historia de la prima Montse» está escrita con la misma fluidez que caracteriza las novelas anteriores de Marsé, pero en ésta, el escritor denuncia un mayor dominio de los recursos técnicos, las alternativas, los cambios de plano del presente al recuerdo y a la inversa. Sin llegar a la perfección de un Vargas Llosa, Marsé se desenvuelve a sus anchas en el arduo propósito de renovar las formas y son más los aciertos que las debilidades expresivas.

Ya hemos señalado que Marsé dirige su impugnación más a la estructura de una clase —ideológica y moral— que a ciertas manifestaciones de última hora, de las que aquella se sirve como coartadas. Sin embargo, en la presentación caricatural, a veces acentuando demasiado los rasgos, son estas manifestaciones las primeramente pulverizadas: el diálogo, el espíritu pseudo-conciliador, la blanda comprensión de un contorno pluralista y resistente, no salen precisamente bien parados. Algunos podrán discutir esta postura ideológica, así como la ausencia de un término positivo en el planteamiento social del novelista, pero no podrán negar los valores puramente literarios de su narración. ■ EDUARDO G. RICO.



El "Rebelde"

Bloch cumple ochenta y cinco años

Ernst Bloch, nacido el 8 de julio de 1885, ha cumplido un nuevo año como "maestro" de la literatura alemana. Muchos periódicos, alemanes y no alemanes, han registrado la efeméride. Hijo de un alto funcionario de ferrocarriles, su nacimiento en la ciudad de Ludwigshafen, a orillas del Rin, que separa la que es un importante centro industrial de la aristocrática Mannheim, tuvo una clara influencia sobre quien estaba destinado a ocupar un alto puesto en la filosofía alemana: "Mi formación tiene dos raíces —escribiría Bloch—. No en balde he nacido en una ciudad industrial, donde pude conocer muy pronto los problemas del proletariado, cerca de la cual se encuentra otra, residencial, en cuya biblioteca he podido estudiar todas las riquezas de la filosofía occidental, desde Aristóteles a Kant y Hegel".

Estudiante en varias universidades alemanas, fue, en Heidelberg, compañero de Simmel y Lukács. Su primer libro, "Geist der Utopie", lo escribió durante la primera guerra mundial, retirado en el rincón "más escondido de Alemania". Terminada la guerra, vivió de sus artículos, viajando por el mundo. Es el Berlín de los años veinte, en cuya época tuvo muchos contactos con Brecht, Weill y Adorno.

Bloch, marxista, tuvo que huir del nazismo, refugiándose, sucesivamente, en Suiza, París, Praga y los Estados Unidos. Aquí, queriendo rechazar todo compromiso con el capitalismo, pese a ser ya un escritor conocido, se dedicó algún tiempo a lavaplatos, escribiendo mientras tanto la que suele considerarse su obra capital, "Das Prinzip der Hoffnung" ("El principio de la esperanza").

Interesado por el curso socialista de

la República Democrática Alemana, Bloch rechaza la oferta de una cátedra en la Universidad de Francfort y acepta la que se le hace desde la Universidad de Leipzig. Sin embargo, las condiciones de trabajo y las limitaciones a la libertad de expresión —"el aburrimiento monolítico de la burocracia"—, le desengañan profundamente. Algunos de sus discípulos son perseguidos. Y al levantarse el muro de Berlín, aprovecha un viaje a Alemania Federal para no regresar a Leipzig, tras dirigir una famosa y agria carta al presidente de la Academia de Berlín Este.

Desde entonces vive y enseña en Tübingen, ciudad cuyo seminario han frecuentado muchos personajes famosos de la cultura alemana, entre ellos Hegel. Bloch, sin embargo, no se ha limitado a enseñar, y desde Tübingen interviene con indomable energía en la vida política alemana. Es el único entre los grandes filósofos alemanes contemporáneos que saludó con esperanza al movimiento estudiantil. Una de las tesis de Bloch es que el hombre actual no es una respuesta válida a la contemplación problemática del mundo; de ahí su interés por los movimientos juveniles y por cuanto pueda suponer una propuesta verdaderamente revolucionaria. Actualmente publica en forma de libro muchos de los artículos divulgados en la prensa a lo largo de los años... Bloch, como tantos otros intelectuales alemanes, es la imagen del hombre de izquierda que no aceptó la Alemania de Ulbricht. Lo que en un Brecht fueron circunstanciales ambigüedades, en Bloch, como en Mayer, se transformó en una crítica, que jamás ha renunciado a sus raíces marxistas ni a la petición de una profunda transformación del mundo.